

Evangelismo Estilo Puritano

VÍCTOR B. GARCÍA

Confiemos en la predicación. La más grande necesidad en el mundo hoy no es comida, ayuda social o consejería, sino el retorno a una predicación poderosa que presente fielmente la verdad con el vigor, el desnudo y la unción del Espíritu. Esa es la predicación que el mundo necesita.

Vivimos en una época que enfatiza el evangelismo mundial, pero si hemos de hablar de evangelismo bíblico, los puritanos tienen bastante que enseñarnos. Muchos, al saber que los puritanos eran calvinistas y creían que el hombre es incapaz de arrepentirse por sí mismo, que Dios predestina a los que han de ser salvos y que Cristo vino a morir sólo por sus elegidos, piensan que ellos no evangelizaban. Ellos se imaginan que estas doctrinas los restringían y hacían sus predicaciones contradictorias. Pero, ¿era así? La respuesta es no. ¿Por qué? porque ellos imitaban a los apóstoles, y como ellos, veían la predicación desde una perspectiva evangelística.

Para los puritanos, la predicación era el método de Dios para salvar a los incrédulos y hacer crecer la iglesia. De modo que en mayor o menor grado, consideraban que la predicación no sólo tenía que proclamar todo el consejo de Dios sino debía ser evangelística. Por eso su predicación era tanto doctrinal como evangelística.

Los puritanos entendían que las buenas nuevas de salvación no son una fórmula simplista. Para ellos el evangelio de Cristo no estaba divorciado del resto de la revelación plena de las Escrituras. Y esa revelación plena a la que llamamos “La Palabra” siempre es evangelística, ya sea explícita o implícitamente. Al hablar de predicación evangelística los puritanos se referían a una predicación que incluye un llamado a volverse a Dios en arrepentimiento y fe. Su concepto de la predicación era que debía ser hecha de forma que “la gente sienta que la Palabra de Dios es viva y poderosa, y que si hay algún incrédulo entre los oyentes, la Palabra haga manifiestos los secretos de su corazón y le haga dar gloria a Dios.”

Los puritanos no solamente presentaban el evangelio; ellos lo ofrecían, implorando, razonando, urgiendo y apelando a todas las facultades del pecador. Su predicación iba dirigida a la totalidad del ser de sus oyentes—mente, corazón, conciencia, memoria y voluntad. Si eso no les funcionaba, no tenían más a que recurrir. No le pedían a nadie que levantara la mano, que pasara al frente o que firmara una tarjeta de decisión como se hace hoy día. La predicación era suprema para ellos pues la veían como el medio por el cual Dios regenera al pecador.

Así que ellos no veían ni usaban más estrategia que predicar y orar. Es por eso que eran predicadores poderosos.

Es cierto que las doctrinas calvinistas mal manejadas pueden conducir a la falsa idea del hiper-calvinismo que afirma que el ofrecer abiertamente el evangelio a todos los hombres contradice la soberanía de Dios. Según los hiper-calvinistas, esto no se debe hacer pues el evangelio es sólo para los elegidos, los cuales, tarde o temprano, van a ser salvos soberanamente. Los puritanos (con pocas excepciones) no cayeron en ese error.

También está la falsa idea del arminianismo, que afirma que el hombre es capaz de creer por sí mismo, si no fuera así, Dios no le pediría que creyera. Según los arminianos, no es Dios sino el

pecador quien decide si éste ha de ser salvo o no; y por eso los predicadores no deben limitarse sólo a la predicación sino deben usar todo tipo de tácticas y estrategias para convencer al pecador. Los puritanos rechazaron y combatieron esta idea.

Su secreto estaba en que fueron consistentes en enfatizar la responsabilidad humana junto con la soberanía divina sin tratar de racionalizar cada pequeño detalle. Ellos entendían el concepto bíblico de que la regeneración precede a la fe, o sea que para que el pecador crea tiene que nacer de nuevo por la Palabra y el Espíritu. Por eso es que nunca llevaban registros y estadísticas de los que “aceptaban a Cristo,” como se hace hoy. Su meta era ver hombres convertidos, que se comprometieran con Dios, su Palabra y la iglesia. No conocían la idea de “cristianos carnales” ni consideraban cristiano a cualquiera que iba a la iglesia y se comprometía a medias. Ese tipo de “cristianos” no se veían en sus iglesias. Su predicación era una poderosa apelación al hombre total para que al nacer de nuevo se convirtiera, creyera y se entregara a Cristo totalmente. Si eso fallaba, lo demás no lograría más que una decisión temporal que engañaría a la gente haciéndole creer que era salva sin haber sido regenerada.

Es esencial que contendamos por la verdad sin descuidar ninguno de sus aspectos. Dios es soberano pero el hombre es responsable, y si estas verdades se predicán fielmente, Dios nos honrará.

Vemos pues que la predicación es tan vital y suprema porque es el método divino para alcanzar y regenerar a los pecadores. No nos atrevamos a menospreciarla. Oremos por nuestros predicadores, para que sean como los puritanos en su pasión por Dios, por la predicación y por la salvación de los incrédulos.